Summer 2009

Picardo, Osvaldo. Pasiones de la línea (poemas de Nicolás de Cusa). Buenos Aires: Ediciones en danza, 2008.

Marcela Romano



Hipertexto 10
Verano 2009
pp. 111-116

Caramelo verde y la dulce amargura de la dolarización

Carmen Tisnado
Franklin & Marshall College

Hipertexto

"¿Cuándo se jodió el Perú?" Esta es la muchas veces citada pregunta que Zavalita se plantea al inicio de *Conversación en La Catedral*. Más de treinta y cinco años después de la publicación de la novela, el mismo Vargas Llosa cita la pregunta que puso en boca de su personaje y procede a respondérsela: "'¿Cuándo se jodió el Perú, Zavalita?' ¿Todavía lo preguntas, imbécil? El Perú es el país que se jode cada día."[1]

¿Qué implica la aclaración que Vargas Llosa le hace a su personaje? Es evidente que la respuesta que el escritor le da a Zavalita tiene un tono de cinismo y de desesperanza. Señalar que el Perú "se jodió" sugiere un acto terminado, completo. En cierto sentido, el pretérito implica la aceptación del deterioro del país, pero al mismo tiempo admite una cierta esperanza con respecto al futuro, pues si el Perú se jodió, puede ser ya hora de emprender la tarea de *desjoderlo*. En cambio, afirmar que "el Perú es el país que se jode cada día" sugiere la imposibilidad de encontrar ninguna tarea que permita la más mínima tentativa de salvación.

La desesperanza que advierte Zavalita, y a la que tres décadas después alude Vargas Llosa, es la misma que se plasma en mucha de la narrativa urbana peruana que surge con fuerza en la década de los noventa. Novelas como *Caramelo verde* (1992), *Al final de la calle* (1993), o *Nocturno de ron y gatos* (1994) constituyen ejemplos de obras que retratan el caos en el que se transformó Lima. Los numerosos atentados terroristas, la explosión demográfica, y la desocupación rampante hicieron de Lima una ciudad en cuyas

[1] *El País Internacional*, 21 de abril del 2006.

calles centrales estaban demasiado presentes, entre otras cosas, el crimen insensible, el vandalismo gratuito, y el cambio clandestino e ilegal de la moneda extranjera.

Es precisamente en el ambiente del cambio clandestino de dinero que surgió con intensidad en los últimos años de los 80 en el que ocurre la acción de *Caramelo verde* de Fernando Ampuero. Esta novela es una de las primeras que surgen en la década de los 90, y es quizá la que marca el inicio de la novela de crímenes, subgénero que ejerce una definitoria influencia en la narrativa urbana peruana de los años recientes. Carlos Morales, el protagonista, es un joven que, al perder su trabajo, termina, por azar, trabajando de cambista en el centro de Lima. No le lleva mucho tiempo estar en su nuevo "trabajo" para darse cuenta de que el negocio de la compra y venta de dólares es una simple fachada para ocultar el verdadero negocio: el lavado de dólares, en el que están envueltos empresarios, políticos, oficiales del cuerpo policial, terroristas, narcotraficantes y empleados de banco, entre muchos otros. Carlos, no sin dificultades, aprende que él es una pequeña e insignificante pieza dentro de un tablero de cuyo juego no puede escapar.

La historia está narrada por Carlos mismo, quien termina oculto en la selva amazónica como maestro en una escuela de niños *asháninkas*, escapando de la "justicia" oficial y a la vez huyendo de la tortura y posterior muerte que le infligirían los que controlan el negocio del lavado de dólares. En la superficie, sin embargo, la suya es una historia de amor frustrado.

Después de pocos días de empezar a trabajar como cambista, Carlos recibe una oferta de su jefe (López) que siente que no puede desechar: un departamento en el que podrá vivir a una cuadra de su centro de operaciones. Se entera muy pronto que el edificio está prácticamente bajo control de la mafia del lavado de dólares. La anciana que provee los dólares para las operaciones de López vive en el mismo edificio y Carlos se enamora perdidamente de Mabel, la empleada doméstica de esta anciana.

La vida romántica con Mabel sólo le ocasiona contratiempos a Carlos. Mabel es una muchacha ambiciosa que, habiendo perdido todo sentido de responsabilidad o de juicio moral, quiere lograr su propósito –viajar a los Estados Unidos – sin que importe cómo. Con mucha destreza, Mabel planea el asesinato de la anciana, le roba casi medio millón de dólares en efectivo, y no tiene escrúpulos en dejar a Carlos como el primer sospechoso del crimen. Mabel desaparece llevándose los dólares en su mochila. Los socios del lavado de dinero torturan a Carlos para obtener información de Mabel, pero él en realidad no sabe nada sobre su paradero. Ampuero, de modo irónico, hace que Carlos pueda escapar de su cautiverio porque sus vigilantes se dedican a ver el partido de la selección femenina de *voleyball*: "Concluí que, a lo mejor, mi magnífica fuga se debía al carácter nacional. Al rasgo genérico – aunque esta vez jugando a mi favor – de la más lamentable peruanidad. A la desidia, a la apatía, a la inveterada ineficiencia. ¿Mis captores se entretenían viendo el partido?" (102)

Carlos decide emprender la búsqueda de Mabel y de un modo que resulta casi inverosímil, la encuentra en una playa de la costa norte, en preparación

para huir a través de la frontera, y realizar su sueño de llegar a los Estados Unidos. Mabel le asegura a Carlos que lo esperaba y que siempre fue su intención la de dejar el país con él. Señala, no obstante, que estaba consciente de que, en el proceso, Carlos podía morir.

Carlos decide esperar con Mabel a que ella complete los trámites para la partida de ambos. Una noche en la que finge dormir, observa que Mabel sale de modo misterioso de la casa, llevando su mochila con el dinero. Decide seguirla, y al instante hay una explosión que destruye la casa. Carlos concluye que Mabel planeó deshacerse de él. A pesar de que Mabel niega que tuviera ese plan, Carlos la mata, sorprendiendo de manera significativa a los lectores. No hay nada en la novela que nos prepare para aceptar como natural el hecho de que Carlos pueda matar a alguien. Quizá este acto revele una de las ideas más importantes de la novela: todos son/somos corrompibles y la posibilidad de convertirse en asesino no debe ser totalmente ajena para nadie. Carlos parece probar esto cuando huye después de matar a Mabel, no sin recoger la mochila con el dinero.

Sabiendo que los "jefes" del lavado de dólares lo persiguen, Carlos decide cruzar la frontera por la selva, y emprende camino hacia el oriente. Tras unas cuantas peripecias, sufre un naufragio en el que pierde el dinero de la mochila, y por poco pierde también la vida. Lo salvan unos nativos *asháninkas*, que a su vez huyen de las huestes de Sendero Luminoso, quienes los quieren forzar a ingresar al grupo terrorista. Al final, Carlos acepta que su salida del país sería un suicidio, y opta por quedarse en la selva con los *asháninkas*. Con respecto a Mabel, termina diciendo "me sentía resignadamente un idiota que había entrado en la vida de Mabel como quien se equivoca de puerta. Y ahora estaba pagando ese descuido" (87).

Con este breve pero necesario resumen me es imposible mostrar los muy acertados matices de la narrativa de Ampuero. Con sus varias ediciones, *Caramelo verde* está considerada por algunos críticos como la primera novela negra de la época en el Perú. Como su mismo autor indica, en una entrevista hecha en 2005, "La novela negra se escribe sola en el Perú. La realidad peruana es novela negra casi a tiempo completo."[2]

Esta "novela negra" de la realidad peruana tiene sus raíces en la grave crisis social y económica de los 80. La hiperinflación que sufrió el Perú fue tan fuerte que en pocos años hubo dos cambios de moneda nacional. La unidad monetaria establecida en el Siglo XIX, el sol, pasó en 1985 a ser el inti, equivalente a 1,000 soles. El inti, a su vez, en 1991 fue reemplazado por el nuevo sol, equivalente a un millón de intis. Estas cifras pueden dar alguna idea de la situación económica del país, cuya hiperinflación llegó en su peor momento a sobrepasar el 7,000%. Asimismo, el terrorismo hizo sus peores estragos en la segunda parte de los 80, ocasionando una fuerte migración de los Andes a la costa, principalmente a Lima, que ante la explosión demográfica albergó, más que nunca, la filosofía del sálvese-quien-pueda, que contribuyó a la corrupción y la coima, practicadas a todo nivel.

---

[2] Escobar Ulloa, Ernesto. Entrevista a Fernando Ampuero: www.barcelonareview.com /48/ s_fa.htm. Accedido el 25 de febrero, 2008.

La editorial de la Revista *Caretas*, del 9 de mayo de 1988, capta bien lo que ocurría en el país: "¿Qué nos pasa? La violencia. La violencia como segunda piel, como consumo, como enfermedad social. La desgastadora violencia que ha contaminado el amor, la amistad, las relaciones humanas. A un país que se acostumbró a la muerte, que no le conmueve más el asesinato de un estudiante, el estallido cobarde de un coche-bomba, sólo le restaba el deterioro" (29). *Caramelo verde* retrata con mucha exactitud aquella "desgastadora violencia que ha contaminado el amor, la amistad, las relaciones humanas." La novela, por tanto, alude a la pérdida de juicio moral, casi acompañante forzoso de la violencia.

El antropólogo José Matos Mar es, entre los estudiosos de la sociedad peruana, uno de los que analizan con mayor claridad el fenómeno de la violencia. Según Matos Mar, la fuerte migración hacia Lima, que él denomina "desborde popular," hizo que se desplazara la clase media y que surgiera un nuevo grupo social intermedio que optó por una posición que Matos Mar llama contestataria, y que en la opinión pública se conoce como informal. Así, se agotaron las posibilidades de lograr estabilidad dentro de los parámetros formales que ofrecía la oficialidad, y los habitantes de la ciudad debieron recurrir a su ingenio para crear nuevos paradigmas que, aunque no formaban parte de la legalidad oficial, les brindaban posibilidades de supervivencia que no podían encontrar por otros medios. Estos nuevos paradigmas transformaron el juicio moral que, junto con el crecimiento urbano, trajeron el deterioro de las condiciones de seguridad, lo cual, a su vez, acrecentó la corrupción e ineficiencia de las fuerzas policiales.

Con la existencia del nuevo grupo, los que antes eran de la clase media se hallaron destituidos y desubicados. Culturalmente se sentían aún parte de este grupo, pero su condición económica los colocaba en un grupo diferente, que sólo podía situarse en una clase social más baja. Los jóvenes de este nuevo grupo social, a diferencia de los de generaciones anteriores, no podían ingresar al grupo de empleados o comerciantes nuevos. Aún los pocos que lograron estudiar en la universidad se encontraron con la realidad del desempleo. Constituyeron, pues, un nuevo grupo de marginales. Carlos Morales, en el mundo ficticio que crea Ampuero, es, hasta cierto punto, uno de estos jóvenes.

El sociólogo Gonzalo Portocarrero, en su estudio con grupos focales sobre el juicio moral de la juventud peruana, observa que existen tres posiciones de enunciación con respecto a la conducta ética o moral: la "moralista" que, como su nombre sugiere, indica la perspectiva de aquellos que se aferran a las normas de modo irrestricto e indiscriminado. La segunda es la "contestataria," que implica que "la vigencia de las normas puede ser 'contestada' o 'relativizada' en función de la particularidad de una constelación de hechos" (29). La tercera es la que Portocarrero llama "cínica," en la cual "la ley no suscita ningún sentimiento de obligación, de manera que se justifica como bueno todo lo que conviene a fines personales, todo lo que incrementa el goce propio" (31). Los jóvenes marginales presentan la posición cínica como la única posibilidad viable.

Portocarrero analiza una frase que escuchó en los grupos focales, que califica de "aterradora" y que, según él, sintetiza la posición cínica: "Si no te pasas de conchudo, te matan por cojudo." En la jerga peruana, "conchudo" es el que tiene "concha," vocablo que Portocarrero define como "el desparpajo, la insensibilidad frente a la ley y la opinión de la mayoría. . . . [El conchudo] carece de vergüenza" (57). El "cojudo," por otro lado, "es el tonto, el que se deja, la persona que puede ser burlada impunemente" (57). La conducta social se reduce a estos dos extremos, en los que o se abusa o se es objeto de abuso. La preferencia natural de cualquiera es la de no ser objeto de abuso, lo cual deja como única salida abusar de los demás.

Mabel representa con mucha fidelidad la posición cínica descrita por Portocarrero. No tiene reparos en asesinar a su patrona, quien aparentemente la trataba bien. Y no le encuentra objeción a jugar con los sentimientos de Carlos. Peor aún, procede con el conocimiento de la gran probabilidad de que lo maten, pero para Mabel, lo que hace constituye un paso más del "único" camino que debe andar para lograr su meta. En otras palabras, Mabel es "la perfecta conchuda."

Carlos, por el contrario, es "el perfecto cojudo," desde la frase con que inicia el relato: "En esos días me echaron del trabajo y lo primero que hice fue pararme en una esquina" (9). Las palabras que elige Carlos revelan su carácter pasivo. Aunque es objeto de un despido, opta por una construcción sintáctica que lo sitúa como el irremediable objeto de la acción, y por lo tanto la voluntad de un agente desconocido, que en su pluralidad impersonal ("me echaron") adquiere todo poder. Es más, cuando recupera la agencia de la acción, Carlos se para en una esquina. Aunque se coloque como sujeto de la frase gramatical, el valor semántico que se adjudica es de desidia y apatía, tal como él mismo describe la idiosincrasia peruana cuando sus captores lo vigilan.

Carlos es, pues, un personaje pasivo, que al principio no opera bajo la desconfianza. Todo lo contrario, Carlos parte con la suposición de que todo acto verbal es sincero. En el ambiente en el que opera, sin embargo, todos actúan con la certeza de que todo acto verbal es insincero. Carlos es, básicamente, inocente. Su personaje representa el divorcio de pertenecer a un grupo marginal pero de sentir y actuar como si fuera todavía parte de la extinta clase media.

Caramelo verde relata la pérdida de inocencia que sufre Carlos. Al final, cuando es prófugo de la justicia, y a la vez huye de sus perseguidores de la mafia, Carlos conserva algo de su inocencia. El párrafo con que termina su relato es muy revelador:

> No he tenido más noticias de la civilización, y no sé si el dólar sigue subiendo…o si López ha sido el próximo en ser degollado y gorgoteando en una sucia zanja de Lima. Pero me resulta difícil olvidar todo aquello. Porque cada mañana, cuando salgo a nadar en el río, veo pasar dos o tres avionetas que surcan la aurora en vuelos de ida y vuelta. De ida va la coca, me digo, y de vuelta vienen los dólares. Esos vuelos, para los asháninkas, son como las campanadas de un reloj en la torre de una iglesia: marcan el inicio de los quehaceres cotidianos. Es una manera como cualquier otra de orientarse en el tiempo, y la acato sin problemas, aunque hay mañanas en que el ronroneo de los motores se oye

> demasiado cerca, como el aleteo de los guacamayos, y yo siento infaliblemente dentro de mí una palpitación que me sobrecoge. (134)

Carlos empieza subrayando su desconocimiento de lo que ocurre en Lima. En la descripción de su vida, alude a su resignación de que el ciclo de corrupción no tiene fin. Al señalar la absurda situación de que las avionetas de los narcotraficantes ofrecen la medida del tiempo, el fin de la novela sugiere que el narcotráfico, y todo lo que éste trae consigo, es ya un proceso de carácter endémico en Perú. No hay vuelta atrás. Carlos pierde su inocencia, e ingresa al mundo *asháninka*, un grupo extraño, ajeno, que lucha por mantener su propia inocencia. La pregunta que queda pendiente es, ¿hasta cuándo podrán seguir luchando?

Hay, además, otra interrogante irresuelta en la historia. Tiempo después de que Carlos se establece con los *asháninkas*, descubre dentro del forro de la mochila de Mabel, que aún conserva, dos pasaportes falsos, uno a nombre de Mabel, y otro al suyo. ¿Decía Mabel la verdad? ¿Lo había incluido en sus planes de llegar a los Estados Unidos, como ella insistía? Carlos cree tener razones válidas para sospechar de Mabel cuando la descubre huyendo con el dinero. El posterior hallazgo de los pasaportes, sin embargo, le quita validez a sus sospechas. Carlos nunca tendrá una respuesta, y así como para tantas otras cosas, la imagen que tiene de Mabel estará siempre teñida de ambigüedad.

Caramelo verde invita a la reflexión de que todo es ambiguo en el Perú. De este modo, aunque se esté frente a la verdad, habrá duda y resquemor en aceptarla. Y frente a una falsedad, habrá la sospecha (o la esperanza) de que pueda ser una verdad. Carlos, pues, termina como empieza Zavalita en *Conversación en La Catedral,* con una interrogante. La pregunta de Carlos sería, más bien, "¿hasta cuándo se joderá el Perú?"

Obras Citadas

Ampuero, Fernando. *Caramelo verde*. Lima: Colección del Sol Blanco, 3ra. edición, noviembre 1993.

Matos Mar, José. *Desborde popular y crisis del Estado. Veinte años después.* Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2005.

Portocarrero, Gonzalo. "Moralismo, contestación y cinismo como posiciones de enunciación de los juicios morales en la juventud peruana." *Pasiones privadas, ¿utopías públicas? Conciencia, ironía y rebeldía en la ética política de los jóvenes peruanos*, eds. Gutiérrez, Mónica, Jaris Mujica y otros. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2005: 29-80